Celebración de la existencia (Homenaje internacional al poeta Gastón Baquero). Alfonso Ortega Carmona y Alfredo Pérez Alencart (eds.). Salamanca, Universidad Pontificia, Cátedra de Poética Fray Luis de León, 1994, 276 páginas

Cuando leemos o releemos a un poeta de genialidad indiscutible, la certeza de las leyes científicas se convierte en una señal de alarma para seguir buscando la verdad misteriosa que la razón por sí sola no puede ofrecernos.

El poeta que he releído estos días es Gastón Baquero. No podía hacer otra cosa después de seguir paso a paso las luminosas penetraciones en su obra publicadas en este volumen que lleva por título *Celebración de la existencia.* El libro recoge todas las intervenciones de escritores, profesores y críticos en el homenaje internacional que la Universidad Pontificia de Salamanca rindió al mágico poeta cubano durante los días 27 y 28 de abril de 1993. Se trata de un libro muy esperado, ya que la obra de Baquero había sido interpretada en varias ocasiones, pero nunca en un volumen monográfico como el que ahora poseemos. Aquí, gracias al esfuerzo de tantos escritores y críticos, se ha llegado a subrayar los elementos recurrentes que dan carta de naturaleza a la poesía de Baquero y que son buena prueba de su personalidad creadora: su desconcierto y su resignación ante la destrucción del tiempo y de la muerte, que lo conduce a la conquista de un eterno presente desde el que contempla todos los momentos y hombres de la historia; su trabajo infatigable por recuperar la inocencia perdida, su fe en la poesía como vía para instalarnos en la pureza y en la libertad de esa inocencia, que la humanidad perdió por el pecado y que un día perdimos todos cuando adquirimos conciencia de la magnitud de nuestro destino y de las limitaciones de nuestra existencia histórica; su poder mágico para revelar la cara oculta de la realidad visible y para desentrañar la sabiduría inagotable que se oculta en el hecho más cotidiano o en el objeto más común. Y debo apuntar aquí que la poderosa erudición de Baquero no se queda en el conocimiento frío e inmutable del pasado, sino que es el puente para restablecer la ansiada comunicación con la historia y con el lector, que nunca se siente abrumado por el peso de la cultura.

Muchos escritores, profesores y críticos han emprendido esta arriesgada indagación (Francisco Brines, Juan Gustavo Cobo Borda, Carmen Ruiz Barrionuevo, Antonio Fernández Ferrer, etc.). Debo también manifestar mi gratitud al poeta boliviano Pedro Shimose por esclarecer las claves del sólido humanismo que se evidencia en la obra ensayística de nuestro autor. Y el propio Baquero pronuncia unas palabras maestras que constituyen un texto de excepcional valía para ahondar en su poética.

Es un libro esperado, valioso y gratificante, pero que en modo alguno recoge toda la sabiduría humana y literaria de Baquero, porque no hay libro que pueda decir todo lo que dicen sus poemas. Y es que, como sustentaran Eliot y el mismo Lezama Lima (compañero ya inseparable de Gastón), la poesía se escribe para que podamos «entenderla, pero sin comprenderla toda»: la puerta sigue abierta para nuevas exploraciones y esa puerta nunca se cerrará del todo.

El poeta y la ciudad: Nueva York y los escritores hispanos. Dionisio Cañas. Cátedra, Madrid, 1994, 196 páginas

Uno de los rasgos distintivos de la poesía contemporánea (si entendemos por tal la que se escribe desde Baudelaire a nuestros días, por establecer una clara frontera) es la presencia implícita o explícita de la ciudad. La ciudad no sólo como tema, sino como una realidad espacial y vital que, consciente o inconscientemente, determina la experiencia y la creación del poeta. Pero si nos remontamos un poco más atrás, a la configuración de la estética romántica, que es la verdadera raíz de todo el fenómeno literario contemporáneo y de la cual seguimos siendo herederos, nos percataremos de que la nueva concepción poética y la nueva expresividad de los románticos germinales surge, entre otros factores concomitantes, del abismo entre la sociedad industrializada y la naturaleza, sublimada como espacio sagrado y liberador. De ahí que románticos tan intencionadamente revolucionarios como Goethe, Novalis o Hölderlin recurran a la naturaleza y a la *noche*, entendiendo que en el ámbito nocturno se anula la percepción fragmentaria e irónica de la vida diurna de la urbe.

El libro de Dionisio Cañas penetra de un modo riguroso y monográfico en los caracteres de la poesía *urbana*, concebida como «aquella que se fundamenta sobre las relaciones entre un sujeto poético y un objeto formado por el espacio urbano y sus habitantes» (p. 17). El autor ofrece un amplio concepto de poesía urbana, pues abarca no sólo la que acoge la ciudad como referente, sino también la que desde ella construye un individual y alucinante mundo imaginario. Del mismo modo, la estimación del poeta sobre la ciudad pueden ser tanto positiva, negativa o irreductiblemente ambigua. La aplicación de tales presupuestos teóricos al análisis de la escritura de los poetas hispánicos en Nueva York constituye el objeto primario de este libro, que nunca había sido abordado monográficamente y con un enfoque académico y existencial a la vez, que es una de las virtudes y placeres de esta lectura.

Cañas analiza las relaciones de José Martí, el primer gran poeta hispánico afincado en Nueva York, con la gran urbe estadounidense. Martí, en este sentido, representa la percepción modernista del entorno urbano, pero anticipa muchas intuiciones y expresiones de la modernidad plena. Ésta se hace patente en la poesía neoyorkina de Lorca, el segundo autor estudiado, que comparte con Martí el deseo de redimir ese espacio degradado y alienante. No es arbitrario, como argumenta el autor, que la estancia del granadino en esta ciudad suponga un cambio sustancial en su expresión lírica. El tercer poeta en cuestión es el malogrado puertorriqueño Manuel Ramos Otero (1948-1990), cuya poesía y narrativa manifiestan una actitud visceralmente rebelde ante la ciudad y su «sistema» dominante, para refugiarse en los estratos marginales de la misma, ahora ya sin ningún anhelo redentor; actitud que para Cañas constituye una de las manifestaciones más genuinas del espíritu posmoderno.

Como apéndice, se ofrece un amplio recorrido por la obra de grandes poetas hispánicos que han residido o visitado Nueva York, la nueva capital del siglo XX. Este panorama global (reacio, no obstante, a las vagas generalizaciones), así como la completa bibliografía sobre las obras de los poetas hispánicos en esta ciudad, nos confirma que la vivencia neoyorkina es un fenómeno particular y consistente que distingue a estos poetas de sus coetáneos y compatriotas residentes en sus respectivos países de origen.

Carlos Javier Morales

Borges. Una biografía. Horacio Salas. Planeta, Buenos Aires, 1994, 304 páginas

Este libro aúna dos virtudes que rara vez van juntas: tiene la solvencia y la solidez de un acabado ensayo académico, y es a la vez liviano, popular, entretenido.

Vayamos al primer aspecto: Horacio Salas (ante todo, un poeta; luego, un antólogo, un ensayista y un crítico) recorre la vida y la obra de Jorge Luis Broges brindando sobre ambas datos precisos y, en muchos casos, ignorados hasta hoy. Desde aquellos sobre la progenie borgeana hasta los del final de sus días, y desde aquellos sobre los primeros textos poéticos hasta los de cuentos y ensayos, hay en el libro elementos biográficos y bibliográficos como para convertirlo en obra de consulta de cualquier biblioteca mínimamente informada. Se suman a ellos las menciones, las citas, las apelaciones a textos, abundantes y precisas, así como el comentario ilustrativo sobre algunos en especial: los que tienen como motivo a Buenos Aires, sus lugares tipificados o literariamente inventados por Borges, esos lugares que no son Buenos Aires sino a partir de su fervor.

Para refrendar este aspecto no es ocioso señalar que cada uno de los capítulos lleva por título un texto borgeano; en la mayoría de los casos, versos o citas extraídas de sus poemas. Y que esa característica revela un conocimiento indiscutible por parte de Horacio Salas de la totalidad de la obra y de sus detalles.

A lo largo de treinta capítulos se va combinando el relato de la experiencia borgeana con el de la elaboración de sus textos; una experiencia en la cual, como en pocas de la historia literaria del siglo, resulta imposible separar lo vital de lo estético, subsumido como está en este último plano el primero, aquel pasar borgeano por la vida que fue una incansable andanza, una inmersión, antes que en las cosas, en los libros.

Sobre la configuración de los textos no faltan, como he afirmado, informaciones precisas, tales como las dedicadas a las sucesivas correcciones de *Luna de enfrente:* «Borges corrigió el volumen en varias oportunidades. En 1943 suprimió ocho poemas además de quitarles los excesos de jotas e íes latinas. También reformó *El general Quiroga:* en la primera versión del último cuarteto, donde se narra la entrada del caudillo riojano al infierno, había dicho: "Luego (ya bien repuesto) penetró como